



Círculo Rojo



## ΕΠΙΦΑΝΙΑ



# Epifanía



MANUEL VÁZQUEZ DÍAZ



Círculo Rojo  
EDITORIAL

Primera edición: diciembre 2019

Depósito legal: AL 2954-2019

ISBN: 978-84-1338-871-7

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Manuel Vázquez Díaz  
[www.epifania.club](http://www.epifania.club)

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Depositphotos.com

Editorial Círculo Rojo  
[www.editorialcirculo rojo.com](http://www.editorialcirculo rojo.com)  
[info@editorialcirculo rojo.com](mailto:info@editorialcirculo rojo.com)

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.







## El niño que fuimos, ¿dónde está?

—Es una mermelada muy buena —dijo la Reina.

—Bueno, de todos modos, hoy no me apetece.

—Hoy no la tendrías aunque quisieras —dijo la Reina—. La regla es: mermelada ayer, mermelada mañana... pero no hoy.

—Pero de vez en cuando debe haber «mermelada hoy» —objetó Alicia.

—No; no puede ser —dijo la Reina—. La mermelada toca al otro día; como comprenderás, hoy es siempre este.

—No os comprendo —dijo Alicia—. ¡Lo veo horriblemente confuso!

—Es lo que pasa al vivir hacia atrás —dijo la Reina con afabilidad—: siempre produce un poco de vértigo al principio...

—¡Vivir hacia atrás! —repitió Alicia con gran asombro—. ¡Jamás había oído nada semejante!

—Sin embargo, tiene una gran ventaja: la memoria funciona en las dos direcciones.

—Desde luego, la mía solo funciona en una —comentó Alicia—. No puedo recordar cosas antes de que hayan sucedido.

—Es mala memoria, la que funciona solo hacia atrás —comentó la Reina.

*A TRAVÉS DEL ESPEJO*, DE LEWIS CARROLL, CAPÍTULO 5

(1999, AKAL EDICIONES)

Ante un gran bloque de mármol, ¿qué vemos?  
La inmensa mayoría, una piedra pesada.  
El artista, una bella figura.  
El genio, la verdad con su mejor disfraz.  
Alma que extrae blanca y pura  
En soledad, ella y él se funden en una escultura.

*Al recopilar las notas tomadas, se mezclaron con mi memoria para burlar el tiempo. Hoy es ayer y los días que vendrán, para Él, para Mí. El tiempo y el espacio se funden en uno, donde pasado presente y futuro no se confunden; estamos, estaremos y estuvimos es igual a hoy, aquí igual que allí. Personaje y autor desaparecen para entenderse en un relato que trasciende el tiempo.*

Paso mis días en la plaza porticada de la República. Me detengo con frecuencia en el famoso café Le Guibbe Rosse (de 1897). Entre los mejores cafés literarios italianos, una joya, aún conserva el espíritu del Renacimiento. El café ha ocupado el puesto que corresponde a una editorial. Publican a las mejores escritoras y escritores italianos. En Florencia perduran rincones que mantienen su esencia, provocan un sentimiento motivador, nos hacen soñar con formar parte de la historia, algo se estremece en tu interior y percibes un movimiento precursor e inspirador.

Me alojo en la Villa San Michele. Tras inacabables años trabajando como publicista, por fin pude tomarme un tiempo para realizar el viaje que llevaba años soñando. He tenido suerte por compartir mis gustos con clientes de la agencia, aunque la mayoría de las veces empatizar ha sido fácil. Durante el desarrollo de una campaña de marketing es necesario indagar sobre las personas que han creado tal o cual producto.

Fue así como conocí a Carmen. Compartíamos la devoción por Miguel Ángel. Me recomendó alojarme en la Villa de San Michele cuando hiciese el viaje que tanto ansiaba. Un año sabático es mucho tiempo, en principio, y puesto que tenía que estirar el presupuesto lo máximo posible, la villa me pareció demasiado lujosa. Me gustan las comodidades como al que más, y tampoco se trataba de hacer un viaje que llevaba tantos años preparando en plan mochilero, pero quizás era excesivo. Carmen sabía qué fibra tocar. En el tiempo que estuvimos trabajando en la campaña para franquiciar su cadena de restaurantes, supo ella más cosas de mí que yo de ella; esa cualidad de las mujeres siempre me ha chocado. Sabía que con decirme que posiblemente la fachada color ocre de la Villa San Michele fue un diseño de Miguel Ángel, mi decisión estaría tomada.

Así comencé el viaje, a lo grande: «Siempre un buen comienzo es augurio de un Gran final». Cita que utilizaba en demasía para así hacer ver a mis clientes que la vida de la campaña era efíme-

ra, igual que la tendencia del momento, cuya duración depende principalmente del arranque, coletilla que empleo con profusión y que remato diciendo: «lo más importante de una campaña es ser recordado». «... Es tan importante el inicio como prever un final, que debe ser a toda costa apoteósico».

Aún hoy sigo sorprendido por esos días que me regaló envueltos en el frescor de las colinas de Fiesole, una posición elevada sobre Florencia que aguarda paciente al turista a ocho kilómetros de distancia. Carmen pretendía que mi estreno en Florencia fuese el esperado. Mi estancia se inauguró aceptando su invitación y su compañía en San Michele, en principio durante las dos-tres primeras semanas. «La ciudad que sus sentidos adoptaron para mostrarse con furia, repetía Carmen siempre que tenía ocasión.

Todo en el interior de la Villa es suntuoso, rotundo. Casi con lo primero que te encuentras es con un fresco de 1602 de *La Última Cena*, ubicado en el salón, antiguo refectorio que conecta directamente con la galería. Una suave brisa siempre presente la recorre, y el crepúsculo ofrece una fantástica vista del Duomo, paisaje salpicado por azoteas y tejados de color rojo, un escenario digno de la mejor postal de Italia.

Los jardines de la villa son idílicos, exuberantes, perfumados hasta el exceso y, junto a ellos, la suite más selecta de la villa en lo que fueron los invernaderos (Limonaiia), donde los monjes protegían los limoneros. Carmen no escatimó en gastos. Desde luego, si tenía intención de sorprenderme, dobló la expectativa que necesito para quedarme pasmado. No habría aceptado tal invitación si llego a saber que San Michele es el hotel villa más importante de Florencia, con el que solo rivaliza la Villa La Massa del siglo XVI, situada a orillas del Arno.

Era verano. Llegué preparado para la humedad y el calor de Florencia. En el Valle del Arno la temperatura es más suave, la podías aderezar en las horas de más calor del día si te relajabas en la piscina, rodeada por una terraza cubierta de hierba, mientras

disfrutabas de las vistas que representó con maestría Piero Della Francesca, el mejor paisajista del Renacimiento. Inmediatamente te trasladas al estilo de vida de los Médici, los artífices de que Florencia sea la patria del Renacimiento.

Flotar por las atemporales calles adoquinadas mientras Carmen, vestida completamente de blanco, disfrutaba de un helado, me hizo sentir muy bien. Desde el día que la conocí la consideré una mujer atractiva, a pesar de ser unos años mayor. Envuelta en un ambiente tan evocador, se injertó en ella una belleza mezclada con una personalidad de una profundidad que sobrecoge. Con ella siempre tengo la sensación de que sabe cosas de mí que yo no conozco; se anticipa ante cualquier propuesta. A veces, hasta me hace sentir incómodo que con tanta frecuencia adivine mis intenciones, como queriendo demostrar que no solo compartimos la misma pasión.

Carmen, por alguna razón, se ha erigido en mi guía y se comporta conmigo como si fuese también la mecenas de un personaje creado en su imaginario sobre mí, merecedor de tal mecenazgo. Creo que espera que diga o haga algo vaticinado por ella, o tal vez intuye mi temor a que pasen los días y todo vuelva a ser como antes. No me he ido solo de viaje. Ella sabe que vine con intención de no reanudar mi vida, la que dejo en Madrid. No quiero seguir siendo la misma persona, virar en redondo es mi intención. Una persona se marcha solo para regresar, pero, cuando no es así, va en busca de algo que la transforme para no volver.

Nos dirigimos a las Galerías de los Uffizi, un palacio de 1560 del Gran Duque, Cosme de Médici, por muchos considerado una de las más importantes galerías de pintura del mundo. La mayor propiedad de obras del Renacimiento reunida íntegramente por los Médici se encuentra en el Palacio Uffizi. Carmen asegura que se haya en su interior la única obra sobre lienzo existente de Miguel Ángel, el *Tondo Doni*. Y una vez más vuelve a anticiparse a mis inquietudes y comienza a bombardearme con datos sobre la

obra, cuando, de repente, mi alrededor empieza a desdibujarse. Un pitido en el oído y todo pasa a negro.

Despierto en un banco de la Piazza della Signoria. Lo primero que recobro es el olfato, ya consciente, aún sin dar muestras de ello; el olor a jazmín y café que tiñe Florencia resetea mi mente y la reactiva. Lo primero que escucho es a alguien hablando del síndrome de Stendhal, un desmayo producido por la excesiva estimulación sensorial al caminar por las calles de Florencia. La imagen del rostro desencajado de Carmen me pone en situación.

—¿Estás bien?, pero ¿Manuel, estás bien? ¿Qué te ha pasado? —me pregunta Carmen una y otra vez.

—Hemos empezado mal el viaje, tenemos que ir a Roma, a la basílica de San Pedro, hay que comenzar por el principio de la revelación escondida en la obra de Miguel Ángel, y... no comienza en Florencia.

—Ufff, menos mal, ¡sí estás bien! —Con un sobrevenido brillo en su mirada—. Bien, ¡pues vamos!, si tenemos que ir, vayamos. ¿Qué debe ser lo primero?

—*La piedad*, te... tenemos que ver la primera obra con la que comenzó —dije, aún un poco aturdido—. Si no lo vemos por orden —un silencio—, podemos contaminar su epifanía. Hace tiempo que tengo una intuición y hoy me ha vuelto a golpear, creo que hay que descifrar un código —el sudor empapa mi frente.

Con el paso de una mujer de treinta años, Carmen, sin solicitar ninguna explicación, se dirige apresurada a la oficina de alquiler de vehículos más cercana, *mientras murmura*: «¿Quién coño será el Stendhal ese? ¡Qué fuerte! Le han puesto su nombre a un desmayo... Estos italianos». Una sonrisa se dibuja en su rostro. Lleva incorporada la respuesta, que también balbucea con sorna. «¡Puff! Ese síndrome solo es en Florencia, en el resto del mundo sigue siendo un desmayo, ¡menos mal!

Tras dos horas y media, y doscientos setenta kilómetros recorridos, llegamos a Roma. Conducía Carmen, mientras yo iba ojeando un viejo manuscrito, sin pastas, que encontré en un anticuario del rastro de Madrid, en el fondo de una maloliente y vieja maleta, fuera de inventario, si es que existía alguno en aquel desorden de penumbra decadente que trata de no engañarte e irremediablemente miente. Entre mentiras esperas encontrar una reliquia del pasado, aun siendo el lugar por su aspecto más una cuestión de azar.





## MGB

*Nació, quizás, el genio más grande de todos los tiempos, sin que el ranking\* en este caso tenga la menor importancia. Todos los que han estado a la altura y sensibilidad del Gran Maestro del Renacimiento han tocado la supremacía del hombre, un don otorgado a solo aquellos que siguen el camino marcado y hacen de dicho don la razón de su existir. Solo sucede a quien desde su más tierna infancia se reconoce en todo lo que hace. Michelangelo Buonarroti, más conocido como Miguel Ángel (1475-1564).*

*Procedía de un linaje de familia acomodada venida a menos. Como ocurre en todos los rancios linajes, tuvo su periodo de decadencia. Comenzó con su abuelo y prosiguió con su padre. La familia se desplazó desde Caprese a la finca de Florencia, en propiedad desde hacía más de trescientos años, para explotar en sus terrenos una cantera de mármol olvidada. Necesitaban conservar su estatus social a toda costa.*

*Cuando Miguel Ángel contaba con seis años de edad falleció su madre a consecuencia de las secuelas de un accidente que sufrió estando embarazada de él, tragedia que sin duda le dejó una profunda huella. Fue amamantado por la mujer de un picapedrero, nodriza que con el tiempo reemplazó a su madre también en todo lo demás.*

*Consciente el genio de su grandeza, en estado de plenitud, dotado de la juventud y arrogancia que te ofrecen poco más de veinte años de edad, quiso este revelar al mundo su Don y dejar prueba fehaciente de ello. Su impronta quedaría para las generaciones que le sucederían. Condensó su arte en una sola escultura que sirviese de*

*revelación para alcanzar la verdadera epifanía, donde todo se vuelve, se gira, para mostrarte una imagen que lo explica todo.*

*Miguel Ángel, preguntado por su arte en la escultura y los trabajos sobre el mármol, llegó a decir que su forma de entender y trabajar la piedra le venía de su nodriza, la mujer de un picapedrero. De ella comentaba: «Juntamente con la leche de mi nodriza mamé también los escoplos y martillos con los cuales después he esculpido mis figuras». Y en todo esto hay algo mucho más grande, y dotado de la misma verdad, que se puede observar en la única obra que firmó. Nunca más cinceló su firma excepto en La Piedad.*

*Un mensaje dirigido a todos aquellos capaces de comprender. Sabedor que su divinidad era un preciado don otorgado antes de su gestación, se encarnó y siguió su intuición e instinto toda su vida con un cometido: fabricar un recuerdo tutelado de tal grandeza que no pasase inadvertido para aquellos que buscan y así encuentren. Con juventud apresurada y rebelde desveló los primeros signos de su genialidad en su obra La Piedad.*

*Nunca antes nadie había sido diestro para dotar a un trozo de mármol de sentimiento, capaz de plasmar en una imagen «la verdad», alusión realizada al grabar su firma en una única obra. La situó en la banda que atraviesa el pecho de la virgen, a modo de símbolo que sirviese de señal. Miguel Ángel trató esta iconografía de otro tiempo, La Piedad, de forma que contravenía claramente el Decorúm (respeto por la tradición). Con signos inteligentes, nos desveló, paso a paso, el secreto que ocultaba en su arte y que trasgredía al mismo ser, la razón de existir.*

*Las claves son de tal sutileza que solo una inteligencia suprema sumada a una pericia y don divino es capaz de tal destreza. Quebrantó el trabajo de esculpir el mármol para transformarlo en ciencia...*

Fin del trayecto. Dejo mi lectura. Llegamos a Roma y, sin más dilación, nos dirigimos a ver La Piedad de Miguel Ángel. Dejamos el coche en el parking más cercano, después de una travesía caótica por las calles de Roma.

## Basilica de San Pedro, El Vaticano

### Ante *La Piedad*

En el rostro de la virgen, además de su juventud, se aprecia en su expresión un gesto impensado. Su semblante desprende una expresión de serenidad, orgullo y satisfacción. Es nostalgia sin excesiva tristeza, solo la justa, una proeza, teniendo en cuenta que tiene en su regazo a su hijo, inerte, sin vida aparente.

Expresión que cobra vida con las sombras arrojadas sobre el rostro por el pañuelo que cubre su cabeza. Pliegues que parecen ondear al viento y te hacen olvidar que estás viendo una piedra esculpida. Cada pliegue da movimiento a la figura, así como los claroscuros que con distintos tonos se proyectan sobre su cuello. Su cabeza, ligeramente inclinada, le aporta delicadeza y cierta sensualidad, sumando en todo lo demás, convierten *La Piedad* en *La Nostalgia*.

Con el gesto de su mano roza la rodilla de su hijo y nos da la explicación. Una simple posición de la mano da sentido, razón. Es el gesto de un rezo, un agradecimiento. Con el dedo índice más extendido nos señala algo que está pensando mientras reza, y con el dedo meñique acaricia con ternura a su hijo como cuando

se acaricia a alguien muy querido en vida. La construcción de los dedos, los pliegues y también sus sombras arrojadas unas sobre otras, son sencillamente perfectas, definitivas. Magistral gesto que le añade al rostro sentimiento. Nos hace ver qué está pensando, dota de significado su existencia, de la misma forma que existió en la mente de su creador, y lo que quiso decir, lo sigue diciendo y lo dirá, mientras se pose en ella una ávida mirada.

La virgen es joven, porque así recuerda Miguel Ángel a su madre. Moribunda, nunca le mostró su penar a un niño menor de seis años. Madre que revive en lo más profundo de su memoria bidireccional, que refleja en ese mirar con los ojos cerrados, sin ver, consecuente con el deseo de una madre para que su hijo no se preocupe y así vea la muerte como algo natural, sin pena y alguna finalidad. Este mensaje de simple mortalidad caló en lo más íntimo del artista, que mantuvo con vida en su interior y siempre le acompañó.

Madre que nunca olvidó, y que supo que su hijo siempre quiso ser escultor. Ahora virgen, en su pecho lleva gravada la cinta, inspiradora sugerencia cincelada junto a su corazón, sutil homenaje a los pechos de los que se amamantó y le dotaron de su preciado don, en connivencia con el amor en que nació y tan hondo caló en su corazón.

Inanimado yace, y no sin vida, el hijo muerto en carne sin ningún gesto de haber padecido sufrimiento, un cuerpo que se desliza sobre las rodillas de su madre, se escurre igual que al sostener algo vivo. Reposa en calma. La expresión de paz de su rostro es la de un niño dormido en los brazos de su madre. En él tiene más importancia la luz que las sombras, y los brillos resaltan con distintos matices en su escultura como si te quisieran hablar de su juventud y pulcritud. Nada hace pensar que representa la iconografía de la época en la que Jesús fue martirizado y su madre sufría rota de dolor. Más bien todo lo contrario: un hijo duerme

tranquilo en el regazo de una madre orgullosa y consciente de que la muerte del cuerpo conlleva el renacer del alma.

Todo es sublime. La verdad con su mejor disfraz anuncia el anhelo de una madre que se reencuentra con su hijo. Le ha sido entregado envuelto en una sábana que retira sobre sus rodillas para así mostrar su cuerpo sin heridas, un alma pura y limpia que no ha sido posible vulnerar. Está satisfecha porque su hijo ha cumplido su difícil tarea, salvar a quién no quiere ser salvado, a aquel que todo desconoce, aquel en el que fuera de su mundo nada existe.

Sentir a toda prisa antes que algo te pellizca mientras observas *La Piedad*, detenerte en cada detalle hace que este cobre vida. Imaginar la sábana de la que ha sido despojado manchada de sangre, imaginar la sorpresa en la visión de un cuerpo impoluto, imaginar para volver... Todo esto hubo el genio de pensar. Observarla es equivalente a sufrir una transformación en silencio — tal vez, *La Metamorfosis* de Ovidio—. Miguel Ángel sabía que su mensaje no iba a pasar desapercibido para aquellos que buscan, excepto para los padres de la iglesia, que orgullosos mostrarían *La Piedad* al mundo desde la más alta institución, la Basílica de San Pedro, en el Vaticano.

Miguel Ángel transformó un encargo de la Santa Madre Iglesia del momento en un mensaje divino que contravenía y contraviene los dogmas y postulados de la Iglesia católica. Nos dice que no estamos aquí para padecer sufrimientos, y menos para espirar nuestros pecados abrazados a un credo oficial impuesto por quien en el fondo desconoce la auténtica razón de nuestro existir y predica lo contrario.

*Sucedió en lo que duró un escalofrío.*



La Piedad (1498-1499)

No sé el tiempo que estuvimos absortos. Cuando conseguimos apartar la mirada, sin decirnos nada, Carmen y yo nos dimos un largo abrazo, de esos que también hablan. A pesar de la multitud que allí se agolpaba, no había nadie más. Solo Miguel Ángel y nosotros cuatro.

—Yo creo que por hoy, ha sido suficiente. —dijo Carmen.

—Sí, por hoy basta, la Ciudad Eterna es el mejor escenario para una revelación. Si hubo alguna vez una ciudad capital del mundo, esta fue Roma. Hoy, ciudades como Nueva York pretenden ocupar el lugar de Roma y no escatiman en esfuerzos, como copiar la Piazza del Campidoglio, diseñada por Miguel Ángel.

—Sí, está en el Lincoln Center, que es sin duda una de las plazas más bellas e imitadas del mundo.

—Vamos a algún café de la Plaza, que no hemos comido nada en todo el día. Carmen, todavía no te he dado las gracias por tu compañía, discúlpame, aún tengo una presión en el pecho, me quiero dejar llevar por las sensaciones, te lo agradezco infinito.

—Tú viaje lo estas convirtiendo en la mejor experiencia que he tenido nunca, así que gracias a ti. ¿Nos vamos a quedar en Roma?

—No, todavía no estoy preparado. A la noche regresamos a Florencia. Vamos a tomarnos algo sin salir de la ciudad del Vaticano. Me interesa mucho comentar contigo la intención de mi viaje.

—Pues que mejor sitio que el estado independiente más pequeño del mundo, aquí en la Plaza de San Pedro, justo en frente de la fachada de la basílica.

—Sí, la cúpula diseñada por Miguel Ángel seguro que me inspira. Quiero, antes de volver a Roma, compartir por qué pienso que el siguiente paso es regresar a Florencia.

—La vida de Miguel Ángel fueron continuas idas y venidas entre Roma y Florencia.

Este acontecimiento supuso el inicio de una gran transformación en mí. Quizás fue una auténtica metamorfosis. Sentí una necesidad imperiosa por saber qué movió en tan temprana edad a Miguel Ángel para dejar ese mensaje. ¿A quién iba dirigido?, ¿por qué?, ¿quién más conoció los secretos ocultos tras este conocimiento? ¿Qué secretos?

Búsqueda que cambió mi vida para siempre. Y creo que también la de Carmen.

Al final no pudimos tomar nada en la Plaza de San Pedro. Y así como todos los caminos conducen a Roma, el nuestro no podía ser menos, y acabamos en la vía Benedetta. Buscábamos un entorno más burgués en el antiguo barrio de artistas, el Trastévere. Ocupamos una de las codiciadas mesas en el patio exterior de

Da Checco er Carrettiere, una de las últimas *trattorias* clásicas de Roma, donde tomamos una selección de sus conocidos *antipasti*.

Entre la muchedumbre, un día laborable de la semana, por el que tuve que preguntar para saber cuál, entablamos una conversación para organizar nuestra *NOUS* (mente). Desde ese día, Carmen pasó a formar parte de mi vida.

—¿Es que nadie trabaja en Roma? —dijo Carmen.

—Desde que fue declarada capital de la república en el año 509 antes de Cristo, Roma es una ciudad muy concurrida. Ofrece al mismo tiempo la agitación de una gran ciudad y la calidez de un pequeño pueblo de provincias.

—Estoy impaciente, ¿qué tienes que decirme? Con *La Piedad* me he estremecido.

—No sé lo que intuyes, pero prefiero que de momento nos guardemos nuestra opinión. Si has sentido como yo, creo que debemos abordar nuestra búsqueda sin dispersarnos más de lo debido. Es tan abrumadora la información que podemos encontrar que esta ingente obra inmola la historia de los detalles de cualquier revelación. Por eso debemos consagrar la búsqueda desligándonos de la maraña. Yo le llamo la técnica del *ciempiés*.

—Explícame cómo es esa técnica del *ciempiés*.

—Déjame primero que te cuente... Estaremos de acuerdo en que, trasladándonos al contexto histórico de la creación de la obra de Miguel Ángel, los inicios del Renacimiento, el final de la Edad Media y el comienzo de la Edad Moderna, el movimiento que se erigió para renacer, o «volver a nacer», tenía tras de sí un conocimiento olvidado por el hombre. La intuición y el instinto de hombres precursores como Miguel Ángel, al igual que otros personajes influyentes de la época, estaban motivados por la recuperación del saber de la antigua Grecia. «La moda» del momento entre las clases nobles del Renacimiento (los Médici) dio lugar a una notable influencia del neoplatonismo, corriente de pensamiento que revitali-



zó las enseñanzas de Platón y su Academia Ateniense y se puso de manifiesto en todo lo nuevo acontecido en Florencia. En Miguel Ángel se observan evidencias notables en cómo interioriza y armoniza el neoplatonismo en todas y cada una de las distintas disciplinas en las que trabaja: arquitectura, escultura, pintura, letras e ingeniería. Los Médici, mientras ostentaban el poder entre continuas revueltas, fueron considerados los precursores de la recuperación de la cultura helenística, principalmente Lorenzo de Médici. Lo que nos conduce directamente al estudio de esta corriente filosófica. Debemos saber qué había detrás de estas enseñanzas, conocer a sus artífices y cómo pensaban. ¿Estarán las respuestas en una época más remota? ¿Y es por ello... «el renacer»?

»Sin darte cuenta, cuando te adentras en la historia de esta manera, se te echa encima tanta información, procedente de tan variadas fuentes, que los días de veinticuatro horas transcurren sin que te enteres, y te los vas cargando en una especie de hipnosis consciente. Tienes que extraer tan solo las respuestas que buscas y no sabes qué desechar. Con tanta información digerida, la capacidad de síntesis se vuelve imprescindible. No puedes convertir la búsqueda en un extenso tratado de historia y filosofía, ya que los datos son abrumadores. Después de muchos intentos, y no sin dolor, decides como estrategia tratar la información para crear una versión extendida y otra con la que comenzar, en la que tratarás de sintetizar al máximo el contenido. Carmen, me tienes que ayudar con la versión corta. Es tal mi frustración que necesito no quemar más energía. Acabo siempre parasitado por el exceso de información. Esta debe ser la causa de esa presión en el pecho y de mi último desmayo.

—Me parece muy bien. ¡Vamos con la versión corta!, «mejor encender una vela que maldecir la oscuridad», un dicho, creo, atribuido a Confucio (500 a. C.).

—¡Qué suerte tengo! Gestionar la energía es una labor que nos deberían enseñar en primaria. No hay nada que nos reste más